

NURIA MEJÍAS RUIZ

Libia: pasado y presente de un país en transformación

La mediación del coronel Gaddafi en la liberación de los rehenes occidentales secuestrados por la guerrilla filipina de Abu Sayyaf ha ocupado la atención de los medios de comunicación. El líder de la Yamahiriyya ha pasado de financiar y apoyar a grupos extremistas y terroristas a intervenir pacíficamente en muchos conflictos del Tercer Mundo. Este cambio de política ha hecho que Occidente reconsidere el papel estratégico de Libia, y se abre el interrogante de si su reinserción en la comunidad internacional contribuirá a democratizar y modernizar el régimen político. Los intereses occidentales en la zona son de carácter económico y de seguridad, y la democracia no es una condición básica para que EE UU y la Unión Europea normalicen sus relaciones con el país norteafricano. A pesar de ello, el diálogo con los islamistas y la oposición, la diversificación y la apertura económica, el respeto a los derechos humanos y la libertad de prensa son cuestiones que deberá afrontar el Gobierno libio.

Nuria Mejías es Experta en Información Internacional y Países del Sur y responsable de Medios de Comunicación de Médicos Sin Fronteras España. Las opiniones expresadas en el artículo son las de la autora y no comprometen a la citada organización

Mohamed Muammar al-Gaddafi es uno de los líderes del siglo XX que más ha cautivado la atención de Occidente. Tanto sus detractores como sus más fieles seguidores coinciden en otorgarle un lugar indiscutible en la historia de un país que en el pasado llegó a llamarse “la morada del gran vacío” e incluso, en los círculos diplomáticos de los años cincuenta, “el país que no existe”. El coronel Gaddafi, siguiendo un modelo de Estado nasserista y una militancia panarabista, llevó a cabo su particular revolución y estableció en Libia un nuevo régimen político de corte personalista. A punto de conmemorar el 31 aniversario del pronunciamiento militar que derrocó a la monarquía del rey Idris I, el líder libio debe afrontar nuevos desafíos, tanto en el interior de su país como en el exterior.

De la era de las masas a la opción islamista

Libia pasó el 1 de septiembre de 1969 de la monarquía gremialista de los Senusi a una república de tipo nasserista —a imagen de lo que había hecho Nasser en Egipto durante los años sesenta—, cuando Gaddafi tomó el poder con un grupo de oficiales libres. A partir de ese momento, el nuevo líder del régimen libio articuló el sistema político en base a los criterios de la unidad árabe, la solidaridad con los pueblos en lucha, el anti-imperialismo, la destrucción de Israel y, por último, la difusión del islam, que se convirtió en la religión del Estado y en la base de la sociedad y la familia. Su discurso ideológico también se encaminó a reivindicar la necesidad de luchar contra el subdesarrollo, el colonialismo y el racismo.¹ Con el objetivo de crear un nuevo orden político y social, Gaddafi trató de combatir implacablemente el capitalismo y el marxismo, consiguiendo incluso que su experiencia socialista fuera utilizada posteriormente como modelo político, social y económico para el Tercer Mundo.² La instauración de su proyecto de Estado culminó en 1975, cuando comenzó a escribir la guía ideológica de la revolución cultural —el conocido *Libro Verde* o *La Tercera Teoría Universal*—³ y llevó a cabo la transición a la “democracia directa”: *Yamahiriyya* o Estado de Masas. Así se fundó un nuevo sistema institucional, basado en la creación de Congresos Populares de Base, Comités Populares y Comités Revolucionarios. Estos nuevos órganos de gobierno sustituyeron a las instituciones administrativas y fueron concebidos, no sólo para agrupar a la totalidad de la población, sino también para alentar la participación política e incitar a las masas (*yamahir*) a la movilización social en defensa de los valores de la revolución. Dentro de esta estructura piramidal, Gaddafi, a pesar de controlar el ejército, el aparato de seguridad nacional, el sistema judicial y los medios de comunicación a través de los comités revolucionarios, era considerado como el “guía de la revolución” y no como el jefe de Estado.

¹ Antoni Segura i Mas, *El Magreb: Del colonialismo al islamismo*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1994, p. 184. También Paul Baltra, *El gran Magreb. Desde la independencia hasta el año 2000*, Siglo XXI, Madrid, 1994, p. 26.

² Ésta es la tesis que defiende John L. Esposito en *El Desafío Islámico*, Acento Editorial, Madrid, 1996, p. 110.

³ El *Libro Verde* o *Tercera Teoría Universal* está dividido en tres volúmenes: *Solución al problema de la democracia (1975)*; *Solución del problema económico: socialismo (1977)* y *Base social de la teoría de la Tercera Internacional (1979)*. Según la socióloga del Mundo Árabe e Islámico Gema Martín Muñoz, anunciaba las condiciones de la revolución cultural y de masas que Libia debería llevar a cabo. G. Martín Muñoz, “El sueño de Gaddafi”, *Historia 16*, Madrid, s.d., p. 20. Por otra parte, como señala Laura Feliú Martínez, el *Libro Verde* constituye “un plan para incrementar, en base a unos principios, un modelo político, económico y cultural alternativo al que rige las relaciones internacionales”. L. Feliú Martínez, “La situación del Magreb en la escena internacional actual”, en *Magreb: Percepción Española de la Estabilidad en el Mediterráneo, Prospectiva hacia el 2010*, Cuadernos de Estrategia, nº 106, Instituto Español de Estudios Estratégicos, Ministerio de Defensa, Madrid, 2000, p. 27.

En los años ochenta, para impulsar la revolución en otros ámbitos de la sociedad, se dirigió a la población joven, muy especialmente a las mujeres, tomando incluso una de las medidas más revolucionarias del mundo árabe: la creación de la primera Academia Militar Femenina. De esta forma, el coronel Gaddafi aceleró el proceso de emancipación de la mujer libia y prohibió la poligamia, en contra de los ulemas y los movimientos islamistas, que defienden una interpretación tradicional del Código de Estatuto Personal y siguen consagrando un modelo de familia árabo-musulmana de características patriarcales y patrilineales.⁴

El pensamiento político de Gaddafi, de carácter neosafalí, tal y como apunta Miguel Hernando de Larramendi, “tiene una profunda base religiosa que se inscribe en la corriente reformista que pretende un retorno a los fundamentos del islam, intentando dar un significado al texto coránico conciliable con su proyecto político”.⁵ En este sentido, el líder libio defiende un islam revolucionario, alejado de las interpretaciones y desviaciones que, según él, han introducido los ulemas y que han hecho de esta religión una doctrina conservadora, retrógrada y reaccionaria. Además de marginar al sector religioso, no reconoce la *sunna* o derecho musulmán, ni tampoco la *sharia* o ley islámica, ya que sólo acepta el Corán —en palabras de Larramendi— “como la única fuente normativa del derecho islámico”.

La innovadora interpretación del islam por parte del coronel Gaddafi le ha llevado a un enfrentamiento con el *establishment* religioso y con los movimientos islámicos, como los Hermanos Musulmanes y la Organización Islámica de Liberación (OIL), que le acusan de revisionista radical y de manipulador oportunista que ha renunciado a aspectos básicos de la tradición islámica con el objetivo de legitimar sus propios intereses políticos.

Gaddafi no ha permitido la creación de reglas del juego que favorezcan un verdadero ejercicio de oposición. Libia sigue siendo un país muy fragmentado políticamente debido a sus raíces tribales y de clanes, donde el partido del Gobierno —la Unión Socialista Árabe— anula cualquier posibilidad de

La innovadora interpretación del islam por parte del coronel Gaddafi le ha llevado a un enfrentamiento con el establishment religioso y con los movimientos islámicos

⁴ A diferencia de otros países árabes como Arabia Saudí, Jordania, Siria o Marruecos, Libia no ha reconocido la jurisprudencia islámica posterior al Corán que “ha tratado de privilegiar los ejemplos coránicos que establecen la desigualdad entre los sexos, ignorando aquellos otros que favorecen la situación y la independencia de la mujer”. Véase el artículo de Gema Martín Muñoz, que realiza un análisis de las estructuras familiares tradicionales en las sociedades árabes, “Mujer y cambio social en el Mundo Árabe”, en Separata de la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (Reis)*, nº 60, Centro de Investigaciones Sociológicas, octubre-diciembre de 1992, Madrid, p. 67. Como señala la profesora Martín, Gaddafi, inspirado en su *Libro Verde* y a favor de la consolidación de la *Yamahiriyya*, “prohibió la lapidación de la adúltera, reconoció la libre voluntad del hombre y la mujer para decidir su matrimonio, condenando la poligamia, y abolió la paridad de condición social y económica entre los cónyuges”. Véase el citado artículo, p. 68.

⁵ Miguel Hernando de Larramendi, “Argelia, Túnez, Mauritania y Libia durante los años noventa: entre el pluralismo autoritario y el ocaso de las masas”, en *Magreb: Percepción Española de la Estabilidad en el Mediterráneo, Prospectiva hacia el 2010*. Cuadernos de Estrategia, nº 106, Instituto Español de Estudios Estratégicos, Ministerio de Defensa, Madrid, 2000, p.137.

alternativa política. Los grupos de oposición existen de forma clandestina e ilegal, ya sea dentro del régimen o en el exterior.

Los partidos políticos más importantes que han conseguido consolidarse en el exilio —el Frente Nacional de Salvación Libia (FNSL), el Movimiento Libre para el Cambio y la Reforma (MLCR), la Alianza Nacional Libia (ANL), la Agrupación Nacional Demócrata (AND), el Movimiento de Lucha Popular Libio (MLPL)— se caracterizan, en general, por su atomización, su división ideológica y su débil institucionalización. La mayoría de estos actores políticos reivindica el establecimiento de un Estado libre en Libia, basado en una economía de mercado; sin embargo, carecen de arraigo popular y no han conseguido establecer alianzas con los grupos tribales y los movimientos islamistas. En opinión de la investigadora Dennis Sammut, la oposición en el exilio defiende conceptos occidentales (como la democracia y los derechos humanos) que, a pesar de ser apoyados por grupos intelectuales y de la izquierda libia, para la mayoría de la población son ajenos al mundo islámico.⁶ Aunque las formaciones políticas en el exterior son consideradas estratégicas —porque podrían jugar un papel activo en una futura democratización del régimen—, en la actualidad siguen recibiendo numerosas críticas: se las acusa de falta de identidad, de ausencia de análisis de contexto en su discurso y de una falta de definición en sus objetivos políticos, más allá del desmantelamiento del Estado de Masas. Por otro lado, las organizaciones islamistas no tienen prácticamente relación con los partidos en el exterior y muchas afirman que las ideas políticas de la oposición en el exilio son antiéticas y anti-islamistas.

Pocos analistas han especulado sobre una era posGaddafi, pero aquellos que lo han hecho coinciden en afirmar que el movimiento islámico puede llegar a constituir la oposición mejor articulada de la *Yamahiriyya*.⁷ Como señala Jesús Núñez, la opción islamista tiene la capacidad de conectar con las inquietudes de la población y es la única que está en condiciones de enfrentarse al sistema actual.⁸ De hecho el descontento social, producto de la crisis económica, es canalizado por los movimientos islamistas, que se han convertido en la principal amenaza para la continuidad del régimen de Gaddafi.⁹ Los movimientos islámicos activistas, como el Grupo Islámico Combatiente Libio o el Movimiento de los Mártires Islámicos, concentrados en Bengasi —segunda ciudad del país, que se ha convertido en bastión de la

⁶ Dennis Sammut, "Gaddafi Confounds his Opponents", en Richard Gillespie (ed), *Mediterranean Politics*, Vol. 2, Londres, 1994, p. 174.

⁷ Un excelente artículo sobre las formaciones políticas existentes en Libia, y de los pocos que especulan sobre la transición del país magrebí a la democracia, es John Barger, "After Gaddafi: Prospect for Political Party Formation and Democratisation in Libya", en *The Journal of North African Studies*, Volumen 4, nº 1, primavera de 1999, Gran Bretaña, pp. 62-77.

⁸ Entrevista de la autora a Jesús Núñez, investigador del CIP y experto en los países del mundo árabe e islámico, 2 de octubre de 2000.

⁹ Miguel Hernando de Larramendi, "Argelia, Túnez, Mauritania y Libia durante los años noventa...", *ibídem*, p. 145.

corrientes islamistas— están integrados por ex combatientes de la guerra de Afganistán y reciben fuertes apoyos, de militantes egipcios de la *Gamaa al Islamiya* y de la *Yihad* islámica de Egipto. A pesar de que estos sectores religiosos están aumentando potencialmente su base social, Gaddafi —parafraseando a Larramendi— ha “instrumentalizado el temor que provoca la amenaza islamista en Occidente”, agudizando la campaña contra los islamistas, a los que califica de apóstatas, herejes, traidores y lacayos del Primer Mundo. Para detener el crecimiento de los grupos islámicos, el líder libio ha llevado a cabo una política de “reislamización” basada en una doble estrategia: ejercer un control férreo sobre las mezquitas libias y aplicar por primera vez la *sharia* o ley islámica como fuente de legislación.¹⁰

La represión de la oposición, tanto islamista como laica, se ha intensificado en los últimos tiempos y ha llevado a Amnistía Internacional a denunciar las graves violaciones de los derechos humanos que se producen de forma sistemática en Libia. Estas violaciones van desde la detención arbitraria y la tortura a las ejecuciones extrajudiciales y las desapariciones.¹¹

A pesar de las tensiones que vive Libia y de la pérdida de legitimidad que ha sufrido Gaddafi en el interior del país, su futuro político sigue siendo un interrogante. Los islamistas ganan cada vez más espacio, pero el “guía de la revolución” juega con ventaja, ya que tiene el poder para reestructurar el sistema de la *Yamahiriyya* y cuenta con el fiel apoyo de las Fuerzas Armadas.

Una de las medidas puestas en marcha recientemente por Gaddafi es la transferencia de las competencias de los ministerios a los Congresos Populares. Según los observadores, esta decisión es una maniobra más del régimen para manipular a la opinión pública y recuperar fuerza social, así como para disolver cualquier tipo de estructura nacional. Al mismo tiempo, el líder libio está preparando el terreno para dotar a su país de un jefe de Estado en la persona de uno de sus hijos: Seif al Islam o Saadi, “convirtiendo así su modelo revolucionario en un sistema hereditario, como ha ocurrido en Siria”.¹² Todo parece indicar que el objetivo del coronel, a sus 58 años de edad, sigue siendo fortalecer el régimen y no modificar el *statu quo*.

La economía libia: del centralismo estatal a la apertura económica

El desarrollo económico de Libia ha estado profundamente influido por un acontecimiento: el descubrimiento de petróleo, en 1959, hizo que Libia —un país escasamente poblado, poco cohesionado, sin recursos naturales y con

¹⁰ Miguel Hernando de Larramendi, *ibídem*, p.145.

¹¹ Amnistía Internacional, *Libya: Gross Human Rights Violations Amid Secrecy and Isolation*, Report 1999. Disponible en Internet: (<http://www.amnesty.org/ailib/>).

¹² Entrevista a Jesús Núñez, *ibídem*.

La total dependencia del petróleo y la ausencia de una política de diversificación económica fueron, y siguen siendo, verdaderos obstáculos para el desarrollo económico

un alto nivel de pobreza—¹³ se convirtiera en uno de los Estados más ricos del continente africano. Desde aquel momento la economía libia ha estado dominada por el sector de hidrocarburos, que en la actualidad representa aproximadamente el 90% de sus ingresos por exportaciones.

A principios de los años ochenta, coincidiendo con el asentamiento de la revolución libia y la puesta en marcha de la “Tercera Teoría Universal”, el Estado llevó a cabo una política de distribución de la riqueza y de centralización de la economía. El Gobierno prohibió el comercio privado, puso en marcha un sistema social con educación y sanidad gratuitas e inició proyectos en los campos de las comunicaciones, vivienda y hospitales. A pesar de convertirse en un país socialmente más equilibrado, los esquemas económicos libios seguían siendo muy primitivos y las rentas del petróleo se utilizaron igualmente para enriquecer a la clase política existente. Tal y como señala Antoni Segura i Mas, creció el nepotismo, el despilfarro, las luchas de poder y la corrupción, cuando parte de la población seguía sumida en la pobreza.¹⁴

A raíz de la caída de los precios del petróleo, a mitad de los ochenta, Libia tuvo que afrontar una crisis económica sin precedentes en la historia de la revolución, que puso de manifiesto las debilidades de su economía, vigentes hasta hoy. La total dependencia del petróleo y la ausencia de una política de diversificación económica fueron, y siguen siendo, verdaderos obstáculos para el desarrollo económico del país. A pesar de los tímidos intentos por parte del Estado de promover un *infitah* o liberalización del régimen —que hizo posible la puesta en marcha de lo que se ha denominado un “capitalismo popular”—¹⁵ la situación económica del país quedó profundamente condicionada por el embargo que Naciones Unidas impuso a Libia en 1992, por la presunta participación de este país africano en el atentado contra el Boeing de la compañía Pan Am que hizo explosión sobre la ciudad escocesa de Lockerbie.¹⁶

¹³ Alejandro Magro Mas: “Libia, un país desconocido”, *Boletín Económico del Ice*, nº 2.636, 29 de noviembre al 12 de diciembre, Madrid, 1999, pp. 21-36. El autor describe la estructura de la economía libia en la actualidad, así como la evolución del comercio hispano-libio y las perspectivas comerciales para las empresas españolas.

¹⁴ Antoni Segura i Mas, *El Magreb: Del colonialismo al islamismo*, ibidem, p.182.

¹⁵ A finales de los ochenta, Gaddafi emprendió una serie de medidas liberalizadoras que han sido denominadas como “capitalismo popular”. El guía de la revolución permitió una tímida supresión del monopolio estatal de la propiedad, alentó la formación de cooperativas privadas y empresas familiares y fomentó la inversión extranjera en el país.

¹⁶ El 21 de diciembre de 1988, un avión de la compañía estadounidense Pan Am explotó sobre la ciudad escocesa de Lockerbie, causando 270 muertos. A pesar de la falta de pruebas, EE UU y Gran Bretaña acusaron a Abdel Baset Ali Mohammed al Megrahi y a Al Amine Jalifa Fhima (agentes del servicio de seguridad de Libia) de haber colocado una bolsa de explosivos a bordo del Boeing 747. “En marzo de 1992, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la resolución 748 en la que Libia era calificada de *Estado terrorista* y se imponía un embargo sobre los suministros militares y enlaces aéreos en dirección a Libia. En 1993, una nueva resolución reforzó las sanciones introduciendo restricciones a la importación de ciertos equipamientos petroleros...”. Miguel Hernando de Larramendi, “Argelia, Túnez, Mauritania y Libia...”, ibidem, pp. 140-141.

Las consecuencias del embargo sobre la economía libia han sido innegables. Según fuentes de la ONU, las pérdidas se estiman en 23.000 millones de dólares. Para hacer frente a los efectos del bloqueo y mantener un equilibrio financiero, el Gobierno de Trípoli llevó a cabo una política de reducción del gasto público que tuvo como consecuencia “un deterioro de los servicios sanitarios y educativos, una reducción del nivel de vida de los funcionarios y un aumento del paro y las desigualdades sociales”.¹⁷ El deterioro de la situación socioeconómica también favoreció el crecimiento de la economía informal, con la que el dinar libio quedó desprestigiado, y cerró las posibilidades de atraer capital extranjero hacia las empresas privatizables del país. Sin embargo, el panorama económico actual está marcado por el levantamiento de las sanciones de NN UU.¹⁸ Este hecho abre un nuevo capítulo en la historia de un país que ha estado durante décadas en el punto de mira de Occidente y relegado a una situación de ostracismo internacional.

A pesar de las reticencias iniciales por parte de Libia a liberalizar su pequeño “capitalismo desordenado” —término que emplean distintos expertos para definir el actual modelo económico libio—¹⁹ y enfrentarse a un sistema económico internacional caracterizado por la mundialización y la globalización, Gaddafi parece haber cedido a las leyes del libre mercado. El país, lentamente, está llevando a cabo una apertura económica que se ha traducido en mejoras para la inversión en sectores distintos al petróleo, como el turismo. La falta de transparencia por parte del Gobierno y el excesivo control judicial y burocrático, todavía obstáculos para el desarrollo, no han impedido crear un clima de optimismo tanto para los inversores extranjeros como para la población libia en general. El desarrollo de una Ley de Inversiones Extranjeras y la liberalización parcial del comercio exterior ponen de manifiesto los intentos de un país que parece querer recuperar el tiempo perdido.

La evolución de Libia en el contexto regional e internacional

Desde que Gaddafi proclamó en 1969 la República de Libia, su política exterior estuvo orientada hacia la creación de una Unidad Árabe que aglutine a

¹⁷ M. Hernando de Larramendi, “Argelia, Túnez...”, *ibídem*, p. 144.

¹⁸ Tras varios años de negociaciones, el 5 de abril de 1999 Libia entregó a un representante de NN UU a los dos acusados libios en el caso de Lockerbie. La ONU decidió entonces levantar las sanciones contra Libia. En la actualidad, los dos agentes del servicio de seguridad están siendo juzgados por un tribunal escocés en un país tercero, Holanda. Gaddafi exigió garantías de que el juicio sería exclusivamente penal, que ningún país sería culpado y que los sospechosos no serían interrogados por los servicios de seguridad estadounidenses o británicos. Una excelente aproximación a esta cuestión la hace el arabista Pedro Rojo, “Caso Lockerbie, diez años de conflicto entre EE UU y Libia”, en *Nación Árabe*, n° 36, otoño de 1998, Madrid, pp. 21-30.

¹⁹ P. Rojo, *ibídem*, p. 14.

*Para muchos
Gobiernos
africanos y
otros países
del Tercer
Mundo,
Gaddafi es
el único
dirigente que
ha tenido la
valentía de
desafiar a
la primera
potencia
mundial*

todos los países árabes, tanto del Magreb como del Machrek. El común denominador de esta federación de Estados sería, según el líder de la *Yamahiriyya*, la destrucción de Israel, ya que, en opinión de Gaddafi, éste representa los intereses estadounidenses en la zona y paraliza la creación de una única República Árabe. Sin embargo, este sueño no ha llegado a materializarse y únicamente se ha plasmado en algunos acuerdos bilaterales de poca trascendencia política. Por otro lado, los intereses nacionales de muchos de estos países son diferentes y, en general, el guía de la revolución libia es considerado un político de aspiraciones hegemónicas, que genera inestabilidad en la zona y que trata de imponer el modelo ideológico libio al resto de las sociedades árabo-islámicas, ignorando las raíces históricas de las diversas identidades que coexisten en el mundo árabe.

Gaddafi ha apostado en mucho menor grado por la integración subregional magrebí ya que, tal y como ha declarado públicamente, considera este proceso como una estrategia desarrollada por Occidente para dividir al mundo árabe. Las relaciones con sus vecinos norteafricanos en los últimos años han sido muy variables. Durante los años del embargo por parte de NN UU, los países de la región defendieron la causa libia ante EE UU. Sin embargo, según algunos analistas, lo hicieron desde la ambigüedad.²⁰ A pesar de que Libia ha restablecido relaciones diplomáticas con varios países magrebíes como Túnez y Marruecos,²¹ Gaddafi ha dado un giro a su política exterior hacia África Subsahariana. Para muchos Gobiernos africanos y otros países del Tercer Mundo, Gaddafi es el único dirigente que ha tenido la valentía de desafiar a la primera potencia mundial.²² Convirtiéndose en defensor de las causas africanistas, el líder libio ha conseguido tener un papel muy activo en la Organización de la Unidad Africana (OUA) y en el Movimiento de los Países No Alineados y recuperar, de esta forma, el espacio político que perdió dentro de la sociedad internacional.

Una de las razones del aislamiento internacional de Libia, que ha durado más de una década, fue el apoyo que, hasta hace muy poco, proporcionó a Gobiernos procomunistas y a grupos armados revolucionarios o nacionalistas. La ayuda financiera, política, militar y logística a movimientos de libera-

²⁰ Pedro Rojo, "Lockerbie, cambios y perspectivas", en *Meridiano Ceri*, Centro Español de Relaciones Internacionales, nº 27, junio de 1999, Madrid, p. 16.

²¹ Libia rompió las relaciones diplomáticas con Marruecos y Túnez por varias razones. En palabras de Gema Martín Muñoz, los intentos unitarios de Gaddafi no han tenido mucho éxito, "tras un ensayo de unión con Túnez en 1974, cuyo fracaso Gaddafi nunca perdonó a Burguiba, la última etapa de la saga unitaria libia se realizará con Marruecos"; sin embargo, lo que pretendía el monarca marroquí era exclusivamente poner fin al apoyo financiero que Libia proporcionaba al Frente Polisario. Gema Martín Muñoz, "El sueño de Gaddafi", en *Historia 16*, s.d, Madrid, p. 23. También Heinz Brill, "Gaddafi's Vision of Arab Unity" en *Auusen Politik*, German Foreign Affairs review, nº 3, vol. 38, Hamburgo, 1987, p. 293.

²² Paul Baltra, *El Gran Magreb...*, ibidem, p. 42. Véase también Jeff Haynes, "Libyan involvement in West Africa: Gaddafi's Revolutionary Foreign Policy", *Paradigms*, The Kent Journal of International Relations, nº 1, vol. 4, Gran Bretaña, 1990, pp. 60-71.

ción (Organización para la Liberación de Palestina, Frente Polisario), a movimientos independentistas (de Irlanda, Córcega, Filipinas y el País Vasco), a grupos subversivos minoritarios (en Níger, Malí, Mauritania, etc.) y a organizaciones terroristas (especialmente a las facciones palestinas de Abu Nidal y Septiembre Negro), hizo que el país norteafricano “pasara a engrosar la lista de los regímenes considerados como terroristas por el Departamento de Estado de EE UU”.²³

A partir de ese momento, el coronel libio se convirtió para el Gobierno de Washington en el principal enemigo del nuevo orden internacional y en el promotor del terrorismo internacional por excelencia, hasta tal punto —como indica el periodista Edward Schumacher— que “perdió de vista las realidades prácticas”.²⁴ La hostilidad entre ambos países alcanzó uno de sus puntos más álgidos cuando EE UU, en un ejercicio de diplomacia coercitiva, bombardeó el 15 de abril de 1986 las ciudades de Bengasi y Trípoli, acusando al régimen libio del atentado producido ese mismo año en Berlín Oeste. En un contexto de Guerra Fría y de orden bipolar, ni las acciones militares ni la campaña de desinformación llevada a cabo contra el régimen libio consiguieron desestabilizar a Gaddafi y provocar un golpe de Estado, sino más bien lo contrario: favorecieron la creación de una alianza libio-soviética que puso muy nerviosa a la Administración Reagan. A pesar de haber criticado a la URSS por su “comunismo ateo”, Gaddafi se volvió prosoviético y consiguió preocupar aún más a los Gobiernos occidentales, ya que se desconocía si el Gobierno de Trípoli “concedería un puesto avanzado estratégico a la URSS que alteraría el equilibrio de poder en el Mediterráneo”.²⁵

La caída del Telón de Acero, la nueva división del mundo entre países desarrollados y en desarrollo y el entendimiento soviético-estadounidense, tuvieron serias consecuencias sobre la política exterior libia, ya que Gaddafi no sólo perdió los contactos con la antigua Unión Soviética y con el resto de los países socialistas, sino también “el contrapeso que representaba el Pacto de Varsovia”²⁶ en un mundo caracterizado por la confrontación Este-Oeste. En ese momento, el coronel libio comprobó su aislamiento político y su soledad internacional.

Los años siguientes no mejoraron la situación libia en el contexto internacional, y el afán estadounidense por derrotar políticamente a Gaddafi siguió manifestándose en acciones desmesuradas. Prueba de ello fue el embargo impuesto a Libia en 1992 por el Consejo de Seguridad de NN UU, la intransigencia de EE UU en el caso Lockerbie y la aprobación de la polémica Ley

²³ Laura Feliú Martínez, “La situación del Magreb en la escena internacional...”, *ibidem*, p.40.

²⁴ Edward Schumacher, “Estados Unidos y Libia”, *Política Exterior*, nº 2, vol. 1, Madrid, 1994, p. 168.

²⁵ *Ibidem*, p.185.

²⁶ M. Hernando de Larramendi, “Argelia, Túnez, Mauritania y Libia durante los noventa...”, *ibidem*, p.142.

D'Amato,²⁷ que la Administración Clinton puso en marcha en 1996. Las sanciones agravaron aún más el aislamiento diplomático del líder de la *Yamahiryya*, que se vio obligado a dar un giro a su política exterior. Además de adoptar un discurso menos provocativo, Gaddafi dejó de practicar la diplomacia multidireccional y selectiva, moderó significativamente su apoyo a movimientos independentistas y a grupos terroristas, y optó por una postura menos crítica respecto al conflicto árabe-israelí y a la cuestión del Sáhara Occidental. En esa misma línea frenó su intervencionismo en diferentes zonas de África (como en Chad) y en la actualidad está incrementando su labor mediadora en muchos de los conflictos interétnicos e intraestatales que asolan países como Sudán, la República Democrática del Congo, Sierra Leona, Etiopía o Eritrea.

Las buenas relaciones que mantiene Libia con los países africanos han permitido, en gran medida, poner fin a su aislamiento internacional. De hecho las negociaciones del caso Lockerbie, para que finalmente los dos acusados libios fueran entregados a las autoridades internacionales, necesitaron de la mediación de países como Suráfrica y Arabia Saudí. Asimismo, el apoyo de los intermediarios surafricanos y saudíes fue vital en el acuerdo alcanzado con el secretario general de la ONU, Kofi Annan, que —a través de cláusulas secretas— exige a la comunidad internacional el no cuestionamiento del actual régimen político libio.

Gracias a los acuerdos alcanzados, el 5 de abril de 1999 la ONU anunció la suspensión inmediata del embargo a Libia. Unos meses más tarde, la Unión Europea, en la misma línea de actuación, canceló las sanciones contra este país. Italia, Francia y Gran Bretaña se apresuraron a normalizar las relaciones con un país que sigue teniendo considerables intereses en materia económica y de seguridad; de hecho, la UE sigue siendo el socio comercial más importante de Libia. En septiembre del mismo año, Libia es “invitada oficialmente por la Unión Europea a sumarse al proceso euromediterráneo iniciado en Barcelona”.²⁸ Este paso abre también un nuevo capítulo en las relaciones con sus países vecinos, que necesitan ser avivadas.

A pesar de las visitas secretas de enviados de Clinton a Trípoli, EE UU no ha levantado las sanciones unilaterales que le impuso al Gobierno libio a mediados de los ochenta. Sin embargo, todo parece indicar que existe una

²⁷ Como señala Pedro Rojo, “La Ley D’Amato propone una serie de medidas que el Gobierno estadounidense tomará contra cualquier empresa que invierta más de 40 millones de dólares al año en proyectos relacionados con el petróleo o el gas libio”. A pesar de la indignación internacional que suscitó esta medida y aún en contra del Derecho Internacional, el Gobierno de Clinton no la paralizó. Pedro Rojo, “Caso Lockerbie. Diez años de...”, *ibidem*, p. 29.

²⁸ M. Hernando de Larramendi, “Argelia, Túnez, Mauritania y Libia durante los noventa...”, *ibidem*, p.148. También Pedro López Aguirrebengoa, “El Magreb y el proceso euromediterráneo. Una perspectiva española y europea”, en *Magreb: Percepción Española de la Estabilidad en el Mediterráneo, Prospectiva hacia el 2010*, Cuadernos de Estrategia, nº 106, Instituto Español de Estudios Estratégicos, Ministerio de Defensa, Madrid, 2000, pp. 237-266.

nueva política estadounidense respecto a Libia que, según el arabista Pedro Rojo, “puede enmarcarse en la nueva iniciativa de Clinton para aumentar su influencia en África, zona en la que Gaddafi juega un papel cada más activo e influyente”.²⁹

Mientras tanto, el coronel libio va incrementando su presencia en el escenario internacional. El 31 de agosto de 2000, Gaddafi captó la atención de los medios de comunicación tras conseguir que la guerrilla filipina Abu Sayyaf liberase a cinco rehenes occidentales. A pesar de que los intereses de Trípoli en Filipinas no son nuevos y que el coronel libio mantiene excelentes relaciones con muchos dirigentes filipinos que han estudiado Derecho Islámico en Libia, todo parece indicar que las negociaciones mediadoras son pequeñas maniobras del régimen libio para “lavar su imagen ante Occidente”.³⁰

La reintegración del país magrebí en la sociedad internacional ya no tiene marcha atrás y, a pesar de las reticencias de ciertos países, incluido EE UU —ya que Libia sigue siendo el único país del Magreb que dispone de un programa armamentístico de destrucción masiva y que pretende “comprar un misil con más de 1.000 kilómetros de alcance fabricado por Corea del Norte”—³¹ el Gobierno de Trípoli celebra con éxito sus victorias políticas cuando está a punto de conmemorar el 31 aniversario de la revolución.

Paradójicamente, la situación socioeconómica en el interior de Libia sigue deteriorándose y la comunidad internacional no tiene intención de exigir al dirigente libio que reforme social y políticamente su país. Conseguir que Gaddafi renuncie a la promoción del terrorismo internacional es prioritario por razones de seguridad geoestratégica, pero las cuestiones relacionadas con el respeto a los derechos humanos en Libia no son una prioridad en las agendas occidentales.

²⁹ Pedro Rojo, “Libia, fin del embargo. La rehabilitación de Gaddafi”, en *Nación Árabe*, nº 39, otoño de 1999, Madrid, p. 12.

³⁰ Véanse los siguientes artículos: “Gaddafi consigue que la guerrilla filipina libere a cinco de los rehenes occidentales”, *La Vanguardia*, 28 de agosto de 2000; “Gaddafi lava su imagen con la liberación de los rehenes de Jolo”, *La Vanguardia*, 31 de agosto de 2000; “Deals with Gaddafi”, *Herald Tribune*, 1 de septiembre de 2000.

³¹ “Actualidad Política y Económica de Libia”, junio 2000, en <http://www.uam.es/medina>.